

de tantos sudores esté hoy casi perdido para aquellos pobres insulares y que hoy no se perciban ya en aquellos países ni las más ligeras huellas de las virtudes de Xavier? Silencio..... El dedo de Dios anda aquí.....



CAPITULO XVI.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN CHINA.
MONSEÑOR BORIE, MISIONERO.

Nos parece mejor transcribir aquí la carta de un misionero apostólico desde Ton-King. Ella muestra en su mayor grado la abnegacion, el celo, la paciencia del Sacerdote católico en sus trabajos entre una nacion supersticiosa é inmoral. Resume tambien toda lá vida de aquellos pobres evangélicos. Hela aquí:

“Queréis que os hable de mí; pues bien, sabed que me encuentro perfectamente, conservo el recuerdo de vuestra casa y de todas las buenas

personas que conocí en Bordeaux. Voy por tanto á satisfacer á vuestras preguntas.

Mis penas: son algunas veces muy grandes; pero Jesus y María vienen frecuentemente á dulcificármelas; de suerte que la paz y la alegría, raras veces me abandonan; por otra parte, vos lo sabeis muy bien, con tal que la voluntad de Dios se cumpla; ¿qué importa lo demás? Las penas, como los placeres de este mundo, pasan velozmente, y con tal que al fin se abra para nosotros la puerta del paraíso, con esto y más si se quiere, se recompensa todo.

Mis temores: los más grandes son que tenga que perderse mi alma despues de haber andado por mar y tierra. Rogad pues á Dios que esto no suceda; no temo caer en poder de los mandarines, ó para hablaros más francamente, lo deseo con todo mi corazon, porque con sus sables me enviarán al cielo por el camino más seguro y más corto; sin embargo, me oculto lo más que puedo, porque creo que no debe tentarse á la Providencia, previniendo sus designios con sobrada precipitacion, ni exponer imprudentemente á nuestros pobres cristianos á las vejaciones que mi captura traeria sobre ellos.

Mis salidas; las tengo muy frecuentes. En caso de necesidad lo hice una vez porque el man-

darin atravesó mi villorio con sus tropas: se creyó que me buscaba pero se pasó sin decir nada; y es que no me hacia allí. No creais por esto que respiro el aire libre, porque excepto algunas excursiones nocturnas, casi estoy siempre encerrado en mi cabaña como pobre prisionero. Doy tres pasos allí á la derecha y tres á la izquierda, y es todo mi paseo durante el dia; por la noche salgo afuera, donde más me puedo extender en mi paseo, rezando mi rosario, pensando siempre en la Francia, en Lyon, en Bordeaux y tambien en Jesus y María, en el cielo, donde espero veros con otras amigos. Allí ya no nos separarémus nunca, y para que tratemos juntos de Dios y de sus dones, ya no tendremos necesidad de escribir con trabajo grandes cartas para confiarlas despues al capricho de los mares. ¡Ah! ¡cuán velozmente declinan las sombras de este mundo hácia el ocaso de la vida, para que el dia eterno se levante en fin sobre nosotros!

“Lo que tenemos que sufrir. Bagatelas todas. ¿Por qué quereis que os hable de esto? ¿Qué son todos los sufrimientos de esta vida pasagera en comparacion del inmenso peso de la gloria que el Señor nos tiene reservado? ¿Qué son ellas en comparacion de lo que sufrió sin quejarse nuestro Maestro? Además, sabeis que no vienen sin

algun consuelo, y que el Señor no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Hé aquí lo que me sucede; me río, y canto en mis desgracias, y estoy tan contento como los que están en una diversion.

“Grados de la persecucion. Nunca ha estado tan terrible ni furiosa, como el año pasado, sobre todo. No hallabamos dónde meternos; nuestros escondites nos parecian que no eran ni demasiado negros ni bastante profundos para ocultarnos; era necesario disputar á los tigres y á los zorros sus antros y sus guaridas en las florestas. He corrido muchas noches en los montes por entre los espinos, dentro del agua y del lodo, acostándome sobre las rocas, en las cavernas. En solo el año de 1838, la religion cuenta veintitres ilustres mártires de Jesucristo: dos Obispos consagrados, un electo, un vicario general, un misionero, el muy querido M. Jaccard, nueve Sacerdotes anamitas, cinco catequistas, un discípulo de latinidad y tres cristianos. En verdad que tendriais de qué avergonzaros vosotros, viejos cristianos de Europa y de América, tan tibios en el servicio de Dios, viendo tanto valor en los neófitos, privados de todos los socorros espirituales de que vosotros abundais. Monseñor Havard, nuestro Vicario Apóstolico, murió, y el que os

escribe se encuentra en la necesidad de reemplazarle: que esto no os sorprenda. Escribidme siempre muy largo y muy cordialmente. Todavía no estoy consagrado; ni sé para cuando pueda estarlo: probablemente será necesario atravesar los mares para encontrar un consagrante; y antes que lo haya encontrado, el diente quizá de un pez, ó el sable del tirano, podrán unirme á M. M. Rouze y Cornay; solo entónces podré cumplir vuestros encargos para con ellos.

¿Teneis entre vuestros cristianos algunos con quienes podrais hablar con ente a confianza?
¡Ah, no! Nuestros cristianos nos respetan y nos quieren mucho; pero su carácter y su educacion no nos permiten hablarles como lo haria con vos, ó con otro amigo de Lyon; nuestras costumbres y las suyas son muy diferentes para permitir la intimidad. Les hablamos como á nuestros hijos y á nuestros criados, pero no como amigos. Hay sin embargo Sacerdotes anamitas con los que se pueden conversar muy fácilmente y nunca con un total abandono. En general nuestro solo grande amigo es Dios, es Jesus, María. Ah! con estos sí que se puede hablar con entera confianza: ellos solos son los que comprenden y guardán lo que se les confía. Nuestros cristianos, léjos de ser groseros, son al contrario,

muy atentos. Así, jamás una mujer, una niña, pasará por frente á la puerta ó ventana de mi recámara, sin dar un gran rodeo; y cuando ha llegado al lugar en que estoy, puesta en frente, besará con respeto las manos que junta; los hombres pasando por mi puerta ó ventana, nunca dejarán de inclinarse. Cuando se nos quiera ver, preceden siempre algunos obsequios de frutos, de arroz, de huevos. Si no estuviéramos en tiempo de persecución, de lejos se podría venir para asistir á nuestras misas. Un día quizá se realizarán los votos que hacemos por este pueblo; y si vivo para entónces, creo que moriré de contento y de trabajo. Pero que se haga la voluntad de Dios y no la mia. A mayor abundamiento, la atribucion y la miseria tienen tambien sus goces. y al fin espero que ellas tendrán su recompensa.

«¿Cuál es vuestro alimento? ¿Siempre arroz? Oh! No siempre arroz, hay carne en abundancia, de búfalo, de buey, de vaca, hay conejos, serpientes excelentes para comer, grandes ranas, que vosotros ignorantes, llamais sapos, gusanos de seda muy suculentos, grilletes, sin cootar grandes aves que se toman con anzuelos, pescados de toda especie, muy baratos, huevos, yerbas y frutos muy buenos. El arroz no nos sirve

de pan, nunca lo tomamos solo, y lo preferimos al pan blanco. No falta aquí el vino, el pan de trigo, las cosas de leche. Aquí tenemos el buen te de China: en lugar de vino, se hace con el arroz una especie de aguardiente de muy buena calidad; seria fácil tener en abundancia las cosas de leche, de la que no se sirven, pasándose sin ella, así como de tantas otras cosas. Se cultivan tambien muchas especies de frutas, papas, calabazas, melones excelentes. Aquí se vive mucho más barato que en Francia. La gente del puegastará medio real en alimentarse cada dia. El país es de una rara fertilidad, se cubre frecuentemente de dos cosechas por año, la tierra ménos feraz produce al ménos una, y esto sin trabajo y sin abono. Con todo, el pueblo es muy pobre; su miseria le viene de su indolencia por una parte, y de la otra de las impuestos exorbitantes y de las vejaciones sin número que los mandarines los agobian. Si este imperio fuera cristiano, y tuviese un buen gobierno, seria uno de los mejores países del mundo. El mal para nosotros es que muchos misioneros mueren al llegar ó languidecen á causa de la insalubridad del clima.

«¿Vuestro traje es muy ridiculo? Si me vieras con mi traje anamita, ciertamente os reiríais de buena gana, de la misma manera que si vinierais

por acá, con todos vuestros grandes chales, gorros adornados de cintas, vuestros caballos risados y cien otras vanidades de este género, nuestros tongkineses se reirian tambien á su vez á mándíbula suelta. Ahora que estoy acostumbrado al vestido tong-kinés, lo encuentro muy cómodo y hermoso. Es un pantalon muy corto y ancho, donde podrian caber fácilmente dos piernas; no hay camisa ni medias para ninguna estacion; no se acostumbran los zapatos, los que se reemplazan con sandalias que cubren nómas la parte de arriba del pié, usándose así para viaje. Sobre el pantalon viene un vestido de dos faldas abrochado por debajo del brazo derecho con tres botones: hé aquí el vestido ordinario. Más los altos personajes, como sus sacerdotes, y tambien la gente del pueblo cuando se viste de fiesta, ponen sobre el primero, otro vestido negro, azul ó castaño, de la misma forma, pero más largo que el primero. Los trejes de las mujeres son casi semejante á los de los hombres, con la diferencia que ellas se ciñen el cuerpo, casi como las vuestras, y que del cuello al estómago se cuelgan un lienzo que viene á ser el complemento de su toilette. Hay otras muchas variedades de vestidos, de que no os hablo, porque sería necesario tenerlos presentes para describirlos, y qui-

zá sin terminar está materia; sin embargo, tenéis un medio para saber ésto y otras muchas cosas curiosas, y es viniendo á verlas.

Pero ya adivino lo que os detiene: os figurais que aquí hace un calor insoportable: desengaños: el invierno es ménos riguroso que en Francia, porque nunca hiela ni escarcha; y sin embargo hay dias muy frios, cuando los vientos del Norte ó de Occidente soplan con fuerza; y como entónces solo se usan vestidos de algodón y muy anchos; como no se hace uso de los zapatos ni de medias; como las casas están bien ventiladas; y como en fin, no se tienen más que tablas para lecho, ó una estera sobre el suelo, por todo esto sucede frecuentemente tener más frío que en Europa; pero este cambio dura poco, y tan luego como el viento cesa y que el sol disipa las nubes, entónces se establece una temperatura semejante á nuestra primavera. La vegetacion en ninguna estacion del año se interrumpe, pues solo se disminuye; los árboles conservan su follage verde aun en invierno, reemplazando otras nuevas á las que caen. Aunque el Estío y el Otoño sean las principales estaciones de los frutos, los recogemos en todo el año; pero son tan refrigerantes como en Europa. Cuando la temperatura es abrasadora se defiende uno de ella, den-

tro de las casas, con abanicos, y fuera, llevando un gran sombrero de paja, de cinco ó seis piés de circunferencia, que nos protege á la vez del agua y de los ardores del sol.

„¿Quereis os refiera el bien que se opera con nuestra mision? Ah! En estos tiempos de persecuciones tan violentas, lo que alcanzamos es muy poco, no es ni la mitad de lo que conseguíamos en los años anteriores. Si gozáramos de paz, nuestra obra iria en creciente, ya para nuestros pobres cristianos, para con los paganos, de los que muchísimos están bien dispuestos para con nosotros, y en favor de nuestra religion. Se les veria convertirse en tropel, porque en general creen en la verdad del cristianismo. Se puede decir que la cosecha está ya madura; pero el enemigo de la salvacion no permite recojerla: hé aquí nuestro pesar. El rey nos quiere exterminar porque aborrece nuestra religion que condena sus desórdenes, y porque se imagina que queremos arrebatarle su corona: es verdad que queremos el reinado, pero el del cielo. Rogad á Dios que esclarezca á este pobre ciego, y que hable de su corazon de piedra. . . . Necesario es terminar esta carta; mis dedos están fatigados, los ojos me duelen de escribir porque lo hago con la vislumbre de una lámpara que tengo necesidad

de tener metida en un cajon pare que la luz no se advierta por fuera: el estómago me duele tambien á virtud de estar bocabajo sobre una estera, porque no tengo mi mesa, ni silla; en fin, porque tengo mucho sueño, pues es más de media noche, y tengo que levantarme antes de la aurora para celebrar el Santo Sacrificio de la Mlsa.—En Tong-kin, á 5 de Marzo de 1840.„

Ved la vida del Sacerdote católico en las misiones de la China. ¿Quién hay entre nuestros filántropos y nuestros soñadores de sistemas humanitarios, que quiera llevar una vida semejante siquiera un solo dia, para la emancipacion intelectual y moral del hombre? Embaucadores de charla, inventores de magníficas utopias, todos ellos son los más comodinos, y por consiguiente, los más incapaces para soportar y sufrir el más ligero sacrificio en provecho de sus semejantes. En vano los esclavos y los pobres, la parte que sufre más de la humanidad, en vano, digo, tocarán á sus puertas, porque no solo no los oirán, sino que de ellos huirán. En vano se les conjuraria en el nombre de la filantropia de quien se dicen apóstoles, no tienen valor ni de romper sus cadenas, ni de mirar cara á cara toda la deformidad de la llaga; se retirarán muy presto de en medio del alboroto que causaron sus discursos,